

# Visiones del Caribe

En Milagros Mata Gil

---

*Los hilos*

*El viaje por el mar oceano; por el mar tenebroso tiene aquí su remate y su cadencia: hay, al fin, una vuelta al hogar: periplo: reposo: finalidad: cumple ese viaje una perfecta y oculta teleología.*

*Milagros Mata Gil, Mata el caracol.*

Si nos preguntamos cuáles son los hilos comunes que enlazan las novelas de Milagros Mata Gil, podríamos responder que en todas ellas está el motivo del viaje y el motivo del regreso. Movimientos de ida y vuelta geográficos –de un pueblo a otro, de Venezuela hacia el exterior y viceversa- y temporales –del presente hacia el pasado- caracterizan a estas obras narrativas, cuyo eje principal es el tema de la destrucción inminente. Así ocurre tanto en *La casa en llamas* (1989) como en *Memorias de una antigua primavera* (1989) y, especialmente, en *Mata el caracol* (1982). Se cristaliza, entonces, dentro de esta novelística el tema del exilio tanto interno como externo, frecuente en las literaturas del Caribe. Geografía y memoria –individual o histórica-, cobran cuerpo dentro de la obra de Mata Gil. Sus personajes viven siempre un extrañamiento, un sentimiento paradójico de pertenencia y no pertenencia a un lugar; están marcados por una ambigüedad vital que conlleva un sufrimiento sólo resuelto a través de la escritura que reflexiona sobre sí misma.

En vista de que Venezuela como país se vuelca en gran medida sobre el Mar Caribe y que la

mayor densidad de población se ubica principalmente en sus costas, no es infrecuente en la literatura venezolana que lo caribeño se transmute en figuraciones de la ficción novelesca, incluso aunque los espacios privilegiados como escenarios de la anécdota sean otros. A continuación rastreamos en las novelas de Milagros Mata Gil esas figuraciones del Caribe para visualizar qué relación tienen los imaginarios de la literatura venezolana con los espacios caribeños. En la obra de Mata Gil, esto puede apreciarse tomando en cuenta tres aspectos: la anécdota, las vinculaciones afectivas que se establecen con ciertos lugares geográficos y el mar como fuente de imágenes metafóricas.

En la novelas *La casa en llamas* y en *Mata el caracol* el espacio principal es una ciudad llamada San Alejandro, que resulta ser la imagen ficcional de Ciudad Bolívar. Es una ciudad selvática, que tiene un puerto de río y una gran actividad comercial. En *Memorias de una antigua primavera* el espacio privilegiado es Santa María del Mar, correlato ficcional de El Tigre, ciudad surgida con el ímpetu de la explotación petrolera. Siendo esto así, podría parecer extraño el propósito de buscar el Caribe en estos escenarios. Sin embargo, precisamente porque los espacios son otros, puede apreciarse en estos textos la relación innegable de Venezuela con el Caribe dentro de la ficción novelesca, pues se trata de una presencia que va más allá de lo anecdótico y se integra a la cultura.

En la novela *La casa en llamas*, la primera publicada por Milagros Mata Gil, la relación con el Caribe es más bien marginal con respecto a la anécdota. Lo que cabe destacar de esta última es que su protagonista, Armanda Guzmán, es una mujer solitaria, perseguida varias veces en su vida, sometida al exilio en varias ocasiones, que regresa luego de muchos años a la casa de su infancia, donde morirá en el incendio anunciado en el título de la novela. Como el sur de Venezuela ha recibido migraciones antillanas, hay alusiones en el espacio cultural que es la ciudad de San Alejandro. Tal como he referido en un trabajo anterior (Rivas: 1997) la presencia del Caribe dentro de esta novela está dada en ciertas menciones referidas a la cultura. Una de ellas es la música. Se menciona a una *steel band*, de negros antillanos que amenizó la boda de Flor Ledezma, madre de Armanda Guzmán. Igualmente en la descripción de un carnaval en Valencia se dice que los celebrantes *vibraban al ritmo del calipso que los negros trinitarios e hijos de trinitarios tocaban con fuego sagrado* (117) y las funciones de títeres que hacía Armanda Guzmán en San Alejandro se acompañaban del calipso y la

samba. En distintos momentos puede apreciarse en la novela el intercambio con el Caribe. La presencia de la migración antillana está también presente de otras formas:

*Sus rejas fueron forjadas por José Biaggi, quien antes de dedicarse a la herrería había aprendido en Jamaica el oficio de fundidor y orfebre con el famoso Thomas Cook (27).*

El Caribe se hace también dentro de la novela espacio de tránsito. Cuando los Ledezma huyen luego de la persecución de los Rojas por haber invadido sus tierras, lo hacen por Trinidad, antes de irse a reunir con el General Gómez en Maracay. Igualmente, cuando Armanda y Eladio, tras la derrota de la guerrilla junto a la cual habían luchado en los años sesenta, necesitan huir, lo hacen a una isla del Caribe donde pasan algún tiempo.

Estas menciones como al pasar de referentes caribeños, a pesar de que el texto no hace de lo caribeño su principal temática, escenifican ficcionalmente una relación cultural con el Caribe que se relata sin asombros, de manera natural. Si bien la percepción de los sujetos no parece estar dada por una identificación con los inmigrantes, las producciones culturales de éstos ya han sido apropiadas por los personajes venezolanos. La música se percibe como propia; el artesano produce una estética que se hace propia; los lugares son adecuados para los exilios por su cercanía.

En cuanto a los imaginarios marinos como fuentes metafóricas, en esta novela resulta difícil de deslindar el imaginario marino del imaginario del río y de su puerto fluvial. En ambos la presencia de los barcos es un hecho. El puerto fluvial de San Alejandro se describe con detalle, nombrando los distintos tipos de barcos, de manera que no produce sorpresa leer metáforas que los recuerdan: *La casa parece ahora un esqueleto de barco, con sus arboladuras humeantes y sus muros rotos (15)*. Sin embargo, el destino del río es siempre el mar, más aún, cuando este puerto fluvial se comunica con puertos de mar. Por ello el mar puede aparecer, mediado por intertextos de Jorge Manrique —al recordarse que los ríos van a dar a la mar— y luego, con la velada imagen intertextual de la Ofelia de Shakespeare, cuando en alusión a la muerte de Armanda se hace de ello una elaboración poética:

*Voy flotando en el río. Finalmente, mi cuerpo es arrojado en una playa muy blanca: el río desemboca en un fuerte ruido en el océano.*

*Un olor profundo y picante a sal sube entre el de los mangles y las marismas, por detrás de la galería de palmeras (...) Frente a mí hay un barco anclado: un barco grande y blanco, apto para largos viajes. ¿Cómo llegaré a esa cubierta tibia y soleada donde no se ve a nadie? (254).*

En *Memorias de una antigua primavera*, las alusiones al Caribe no venezolano son también marginales, dejadas al pasar, como cuando se dice que las señoritas adineradas viajaban a Trinidad a aprender inglés. Sin embargo, en esta novela la filiación del Caribe se da con el Caribe venezolano, específicamente con la isla de Margarita, que se ficcionaliza en la novela como Isla Grande. Santa María del Mar es el nombre con que los isleños que han emigrado para trabajar en los campos petroleros bautizan a lo que era inicialmente un campamento. Los inmigrantes llevan consigo su nostalgia, su amor por el terruño original lo cual los hace consagrar la ciudad a la misma Virgen tutelar de la isla, y a construir la iglesia tal cual como era la que habían dejado en Pampatar. Las imágenes metafóricas encuentran su fuente en el paisaje marino como cuando la sabana recuerda al mar: *parecía interminable: lisa, verde y quieta. Uno perdía en ella las sensaciones del tiempo y de la distancia, como la pierden los navegantes en altamar (26).*

Luego, cuando la destrucción de Santa María del Mar parece inminente, son estos mismos inmigrantes los que reconstruyen su historia ligada en los orígenes a la de la Isla Grande, donde una aparición de la Virgen le ordenó a Castor Subero fundar una ciudad lejos, en otra parte.

Sin embargo, nos detendremos más bien en *Mata el caracol*, novela en que la filiación con el Caribe es más estrecha que en las novelas anteriores. Viene por vía de la memoria familiar. Eloísa, narradora protagonista, regresa a una casa derruida en San Alejandro, la de su familia, para entonces ya vacía, después de vivir muchos años en México, sin haberse comunicado con los suyos durante mucho tiempo. Había sido expulsada de la casa por el padre cuando tenía diecinueve años. Eloísa encuentra, además de los álbumes de fotografías familiares, unos cuadernos firmados por Betty, su prima, la joven que cuidó de su padre en la ancianidad de éste. Los cuadernos de Betty recogían historias íntimas de los habitantes de la casa, poemas iniciales de la propia Eloísa y discursos del viejo. La narradora se propone entonces indagar en el pasado para reencontrarse con el padre y buscarse a sí misma. En ello se compromete con pasión hasta llegar a enfermarse. De nuevo, en esta novela, el paisaje de la destrucción recorre el texto. El recuer-

do del padre a través de los cuadernos de Betty es la memoria de la decadencia, de la inminencia de la muerte, de la degradación de cada uno de los miembros de la familia que se han quedado en la casa: el padre, la madre y la hermana de Eloísa.

En esa búsqueda del pasado familiar, la narradora viaja a través de fotografías y recuerdos hacia el pasado, hacia la infancia de su padre en la población costera de Macuto, donde aquél se había criado bajo la tutela de una madre trinitaria de principios rígidos y dura disciplina. Aparece el Caribe entrañablemente ligado a la memoria familiar, el Caribe venezolano de la infancia del padre y el Caribe inglés en la abuela.

La filiación afectiva que se establece con Macuto está dada cuando se cede la voz al padre, que enuncia con nostalgia un espacio a la vez asociado con la maravilla y con el sufrimiento. El padre, al recordar el pasado recuerda con nostalgia el mar y la luz como elementos de una felicidad perdida:

Recuerdo cuando cumplí nueve años: era el día de San Francisco y la gente llegaba en romería a la iglesia, cargando con sus animales para que los bendijeran/  
Ese día, mi hermano Ernesto y yo fuimos solos a la playa por primera vez y construimos un castillo con arena. A veces sueño con ese castillo/ El viento que venía del mar ondula y se desliza dentro de mi corazón/ ¿por qué dirán que mar es el morir?  
Yo quisiera volver a ver el mar, volver con mi hermano Ernesto, que se fue por el mar (10) [cursivas en el original].  
No me gustan ni el día pleno, ni la noche/ Más dulce es la luz cuando amanece y va sacando el mar de su escondite/  
La luz de Macuto: la de mi niñez/  
No esta luz, que va dejando ciegos a los que miran a través de las ventanas/  
No esta luz que hace sucumbir a los almendros/  
No esta luz, que reverbera vista desde *la boca del pozo*: el brocal está roto.

La filiación del moribundo con los espacios de la niñez, donde sufrió la tiranía de su madre, lo hace sentirse extranjero en San Alejandro, donde el abandono, la ancianidad y la ausencia de los hijos lo condenan al exilio interior, a la oscuridad de su habitación, donde combate la soledad hablando consigo mismo y a veces con Betty o con Bollo, un sirviente.

También se sentía extranjera la madre, Elizabeth Shelley, cuya imagen conserva Eloísa en un medallón dejado por Betty, que la muestra en

su adusta figura de 1895. Ella, hija de un oficial británico de la India que había vivido en Bombay, donde se casó con la hija de un hindú y una inglesa, fue trasladado a Puerto España. Allí nació Elizabeth y nacieron sus hermanos. Cuando ella tenía dieciocho años se casó con Francisco Mata y emigró a Venezuela. Aprendió a hablar español correctamente pero se dolía de que los demás no intentaran hablar inglés para complacerla. Crió a los hijos con severidad inglesa y se convirtió al catolicismo, *pero lo practicaba mezclado con toda clase de ritos indígenas y hechicerías* (88). Su llegada a Venezuela y a la familia no le fue fácil:

La familia de los Mata, aun a sabiendas de que el hermano se había casado con una trinitaria, esperaban que fuera una muchacha rubia y pálida. No esperaban, en verdad, aquella joven con aspecto un poco masculino, con la piel cetrina, los cabellos negros y los ojos verdes y redondos que heredarían sus hijos. Tenía los pómulos bien marcados en el rostro huesudo. La boca grande. La nariz recta, pequeña y afilada, que levantaba como si estuviera olfateando un peligro. La boca fina y el gesto duro y decidido, un poco cruel de su padre. Tenía las manos fuertes y grandes, como hechas para sostener las riendas de un tronco de caballos fogosos (88) [Cursivas en el original].

Esta descripción física entraña ya la otredad de Elizabeth y muestra ya un recibimiento desde una perspectiva teñida por el racismo. La abuela Shelley no colmaba las expectativas de la familia. Sin embargo, más que su apariencia física, es el choque cultural lo que la exilia de su ambiente. Sus costumbres distintas, la hibridez religiosa, su negativa a participar de la vida social de Macuto, en particular de las veladas culturales la separa de los demás:

Todo esto le ocasionó fricciones no sólo con su parentela política, sino también con las familias encumbradas del pueblo, que la consideraban escandalosa, herética, poco elegante y conflictiva. Algunos incluso llegaron a decir que estaba loca (88). [Cursivas en el original].

Posteriormente, la infidelidad del esposo y el rechazo a lo que consideraba pecaminoso la convierte en una madre austera, que ya viuda, separa a los hijos varones de la sociedad y de sus bienes. Huyendo de la madre, Francisco Mata emigra a la capital y, posteriormente, a San Alejandro.

Otras imágenes del Caribe de la infancia aparecen, como la de un personaje legendario Tragasantos, de Macuto, que acababa con la buena

fama de las personas y que en un momento dado se enfrenta en un duelo con su propio hijo, al que hiere en un duelo. En esta novela, entonces, el Caribe se asocia con una madre castradora, a la que se ama y se odia a la vez, ajena y cercana. Igualmente, se asocia con la ausencia del padre, que muere durante la infancia de Francisco Mata, o con las dificultades de las relaciones filiales, en las cuales se proyecta el propio problema de Eloísa con su padre.

Sin embargo, se asocia también con la familia paterna que provenía de Carúpano, cuyo eslabón más lejano era Juan Francisco Mata, que llegó en 1547 para dedicarse a la explotación perlífera en Cubagua. La novela se hace escenario de movimientos migratorios. Todos se mueven de una manera u otra. El hermano Jorge se va a morir en las luchas de Nicaragua; el tío Martín, con el otro hermano de Eloísa, Alejandro, se va a buscar aventuras en la selva. El hermano del padre desapareció cuando se fue por mar a otra parte. Betty huye en busca de su libertad luego de la muerte del anciano, cuando comienza a ser acusada de haberlo envenenado y se la señala y se la mira como una extraña. Migraciones y desarraigos se repiten a lo largo de la novela, con la consecuente sensación de no pertenencia.

La sensación de extrañamiento, de ser *Otra*, también marca inexorablemente a Eloísa, como a su padre y abuela, como lo deja ver en una carta escrita en San Alejandro:

Escríbeme, por favor. Me siento sola./ La gente de aquí vive hacia adentro y no admite a los intrusos. La gente de aquí rechaza a los desarraigados. No he podido establecer nexos afectivos y sociales sólidos. Sigo siendo una extraña, a pesar de que comparto muchas cosas con los ocupantes de esta ciudad (133). [Cursivas en el original].

De esta manera, Eloísa busca en la escritura y en el proyecto de reconstruir la historia familiar un antídoto a la desubicación, a la soledad, al extrañamiento producto del exilio de muchos años, e incluso, como antídoto también a la propia muerte. A través de la escritura del padre, Eloísa busca salvarse, encontrarse a sí misma:

Y EN VERDAD ¿qué ganaría yo transformando esta cuenta pendiente en un tema literario? ¿Por qué tendría que explorar y exhibir tu decrepitud, el desmoronamiento de la orgullosa construcción que fue tu cuerpo, la desintegración lenta y fatal de todo lo que nos rodea, como no fuera en tanto que excusa para volver a los orígenes: es decir, al germen de mi propia vida, y así

obviar los segmentos de lo que será mi vejez? (15) [Cursivas en el original].

Y en el encuentro con la escritura los imaginarios marinos se hacen fuente de metáforas. Las imágenes asociadas al mar se erigen para mostrar la inminencia de la muerte, la inestabilidad de las certezas, en epígrafes como: "Tres navíos se hunden donde el sol se oculta" (11) [Cursivas en el original], o "Entonces, como surgido de la nada, en el umbral de este infernal laberinto, distante sólo unas brazas, aparece *el primer navío*, que pasa, deslizándose silencioso y fantasmal" (155) [Cursivas en el original].

También reflexiona Eloísa: "Es el movimiento del agua lo que hay que seguir. El movimiento del agua como certeza eterna" (156) [Cursivas en el original].

En esta novela se funden los dos Caribes presentes en las anteriores: el Caribe ajeno, *Otro*, de los inmigrantes de las Antillas de habla inglesa se reúne con el Caribe venezolano en el interior de una familia a través de las migraciones, de los desplazamientos geográficos, culturales y psicológicos. Se produce aquí una identificación más íntima con el Caribe, pero por lo mismo, un mestizaje de los distintos desarraigos que genera personajes extraños a sí mismos, exiliados interiormente, desubicados geográficamente.

Si bien el Caribe no tiene un peso temático contundente dentro de las novelas de Mata Gil, puede verse en todas ellas cómo tiene una evidente presencia cultural tanto en la recreación ficcional de los espacios venezolanos, como en la elaboración del lenguaje mismo en el plano de la escritura.

## Bibliografía

Mata Gil, Milagros (1989). *La casa en llamas*. Caracas, Fundarte.

\_\_\_\_\_ (1989). *Memorias de una antigua primavera*. Caracas, Planeta.

\_\_\_\_\_ (1992). *Mata el caracol*. Caracas, Monte Avila.

Rivas, Luz Marina (1997). *La historia en la mirada*. Compilación. Ciudad Bolívar, Universidad Nacional Experimental de Guayana y Ediciones de La Casa.